



TODA LA
VERDAD
QUE HAY EN
MÍ

❖ JULIE BERRY ❖

Publicado por primera vez por Viking en 2013
All rights reserved. Published by arrangement with Viking Children's Books,
a división of Penguin Young Readers (USA)

Título original: *All the truth that's in me*

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Traducción: Xohana Bastida

© Julie Berry, 2013
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

*Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

A Phil

«De la boca del justo brota la sabiduría, pero la lengua perversa será cortada».

Proverbios 10:31

antes

Vinimos en barco, tú y yo.

Yo era un bebé en el regazo de mi madre. Tú eras el niño ceceante de pelo rizado que se pasó la travesía jugando a los pies de la suya.

Mientras nos cuidaban, nuestras madres llegaron a apreciarse. Tanto, que nuestros padres eligieron terrenos contiguos a una milla del pueblo, en el lado oeste de un Roswell Station mucho más pequeño de lo que es ahora.

Recuerdo las historias de la travesía que mi madre contaba cuando yo era pequeña. Ahora ya nunca habla de ello.

Decía que me pasé el viaje entero con los ojos como platos, mirándote.

después

libro primero

I

No viniste.

Esperé toda la tarde subida al sauce, con los mosquitos zumbándome en la cara y el pelo pegajoso por la savia, esperando a que volvieras del pueblo.

Sabía que habías ido allí. Te oí preguntarle al señor Johnson después del oficio religioso si podías ir a su casa al atardecer. Supuse que querías pedirle prestado su tiro de bueyes.

Pero tardaste mucho. No apareciste. Tal vez te invitaran a cenar. O quizás volvieras a tu casa por otro camino.

Me gané una reprimenda de Madre por no haber terminado mis tareas ni haber llegado a cenar. Me dijo que solo me habían dejado los restos pegados a la cazuela. Darrel la había rebañado hasta dejarla reluciente, pero Madre me hizo lavarla en el arroyo de todos modos.

No hay nada tan brillante como el arroyo durante el día, y nada tan oscuro como el arroyo en las noches sin luna.

Me incliné para beber: era lo único que tenía para llenar el estómago. Pensé que tal vez tú también estuvieras sediento y pegajoso tras un día agotador de siega, y que antes de irte a dormir quizás hundieras las manos en el arroyo para beber el agua que yo había besado. Desde que eras niño, has ido ahí para refrescarte casi todas las noches de verano.

Pensé que, en la oscuridad, yo sería como cualquier otra muchacha para ti. Bajo mi vestido no tengo motivo de vergüenza.

Pensé que, si lo supieras, tal vez me mirarías dos veces; tal vez inclinarías tus pensamientos hacia mí para ver si se retraen o se demoran.

Pero no lo sabes.

Nunca lo sabrás.

Porque me han prohibido que te lo diga.

II

Esta mañana, mucho antes de que despertaras, fui a la arboleda que hay más allá de tu casa. Tuve que esconderme tras un árbol para que no me vieras al pasar de camino al cobertizo.

Hoy estás distraído. Hay una ligereza extraña en tu paso, y tarareas al andar. Pareces tener prisa por emprender algo.

Jip no advirtió mi presencia. Se quedó a tus pies, frotando los costados contra tus botas. Está medio sordo, apenas ve y casi ha perdido el olfato, pero tú lo sigues cuidando. Es un viejo amigo.

Vigilé tu casa tanto como pude hasta que tuve que volver a toda prisa. No quería que Madre se diera cuenta de mi ausencia.

III

Darrel lo sabe. Me sorprendió en la arboleda, junto a tu casa. Amenaza con contárselo a Madre si no atiende a las gallinas en su lugar y le llevo moras, nueces y las primeras cerezas que maduren. Tiene la boca tan grande que, si no la mantengo llena, hablará y no parará.

IV

Esta noche salió la luna y yo salí con ella para ver cómo se elevaba sobre los árboles. Tan silenciosa, la luna...

La miro y recuerdo. Noche tras noche, su silencio me consolaba. Qué oscuras eran las noches cuando desaparecía. Pero siempre retornaba.

Fue mi única amiga durante los años que pasé con él.
Aún me consuela.

V

Tú no eres como él.
Digan lo que digan.

VI

Padre decía que mis canciones podían hechizar a los pájaros hasta hacerlos bajar de los árboles. No es extraño que lo dijera, porque me quería. Pero yo siempre soñaba que algún día mis canciones te traerían hasta mí.

Siempre fuiste tú. Cuando recogías nueces en el bosque, en medio de una bandada de muchachos desgarbados, yo prefería tus sonrisas y tus bromas. El día que derribaste un pavo con la honda, yo me hinché de orgullo.

¿Recuerdas cómo buscaba lombrices para ti cuando tú tenías doce años y yo ocho?

Te buscaba en la torrentera, cargada con mi saquito de tierra, y te ofrecía los gusanos más jugosos que encontraba mientras desbrozaba el huerto de mi madre. Me llamabas «Mariposa», como mi padre. Para él, el apodo significaba «mi amor». Para ti, «cazadora de lombrices». Aun así, me complacía oírtelo decir.

A veces, dabas saltos mortales aunque sabías que nadie más que yo te miraba. Hacías como que no me oías aplaudir, y los dos nos reíamos cuando te caías de espaldas en la hierba.

Una vez dejaste una cesta de manzanas junto a mi sauce. Vi cómo te escabullías luego.

Con el tiempo te hiciste un hombre. Yo me convertí en esto que soy.

VII

¿Recuerdas el día en que los Aldrus pidieron ayuda a los vecinos del pueblo para transportar troncos? Yo nunca podré olvidarlo, aunque para ti debió de ser un día como cualquier otro.

Fue hace cuatro años. Yo tenía catorce y estaba creciendo rápido.

Hacía calor, aunque el verano tocaba a su fin. Los Aldrus, un matrimonio joven, acababan de llegar a Roswell Station desde Newkirk, y querían establecerse al este del pueblo, donde el bosque deja paso a la marisma. Clyde Aldrus había desbrozado un terreno y había pedido a los vecinos que le ayudaran a despejar los árboles que había talado. Joan, su mujer, estaba a punto de dar a luz a su primer hijo.

Tienes que acordarte de aquello. Abandonaste tus campos de trigo, ya casi en sazón, y trabajaste todo el día al sol con el hacha y la hachuela, junto a los hombres, los mozos mayores y los bueyes uncidos con cadenas.

¿Pero te acuerdas del almuerzo, de lo que le dijiste a la muchacha que preparó y sirvió las gachas de maíz?

Espero que no recuerdes aquellas gachas. Yo preferiría haberlas olvidado. Decidí hacerlas porque una vez, después del servicio dominical, te oí decir que eran una de tus comidas favoritas.

Habíamos acudido la familia entera: Madre, Padre, Darrel y yo. Padre no dejó de silbar en todo el camino mientras sostenía las riendas del viejo Ben. Madre, sentada a su lado en el pescante, no paraba de reírse meneando la cabeza. Yo los escuchaba sin soltar el cuenco de gachas que llevaba en el regazo.

Al llegar, Madre se sentó con las demás mujeres y se puso a coser mantones y capotas para el bebé que estaba por llegar. En ausencia de las madres de familia, nos tocó a las muchachas mayores presidir la mesa. Todas estábamos nerviosas ante la perspectiva de demostrar a los vecinos que sabíamos cocinar.

Yo estaba cortando peras con Abigail Pawling cuando alguien me tiró del brazo.

—¿Eres capaz de guardar un secreto? —me preguntó Lottie Pratt, apartando el borde de mi capota para susurrarme al oído.

—Sí, claro —contesté yo—. ¿Qué ocurre?

Sin decir nada, me guio hasta detrás del montón de troncos que ya habían apilado los hombres. María Johnson y Eunice Robinson nos observaban desde la mesa; recuerdo bien el vestido nuevo que llevaba María, de tela carmesí, con cuello de encaje blanco y cintas negras en las mangas y el corpiño. Un rato antes, mientras María estaba lejos, la pequeña Elizabeth Frye había comentado que, según su padre, aquel vestido rayaba peligrosamente en la vanidad. Y por si María no tuviera bastante con su belleza, mientras el resto de chicas nos afanábamos con nuestras gachas y estofados, ella había aparecido con tres tartas de ciruela crujientes y doradas.

Lottie cocinaba en su casa desde la muerte de su madre, hacía años ya, de modo que sus habilidades culinarias no tenían nada que envidiar a las de María. Sus panecillos de manteca rivalizaban incluso con los de Goody Pruett.

—Tengo un pretendiente —susurró, tirando de mí para pegar la boca a mi oreja.

Me aparté con brusquedad para mirarla a la cara: tenía que ser una broma. Pero estaba colorada y tenía los ojos brillantes.

—¿Quién? —musité.

—¡Chist! Te lo diré más tarde —dijo ella—. Ven esta noche a vernos; a lo mejor lo reconoces. Pero júrame que no le dirás nada a nadie.

La cabeza me daba vueltas. Por el rabillo del ojo vi cómo ajustabas una cadena alrededor de un tronco y le hacías una seña a Leon Cartwright, que dirigía el tiro de bueyes.

—¿Pero qué quieres decir con eso de que tienes un pretendiente?

Lottie se esponjó, ufana.

—Dice que se va a casar conmigo. No sabes cuántos besos me ha dado ya.

—¡Besos! —jadeé, y Lottie me apoyó el índice en los labios.

En ese momento, te diste la vuelta y nos viste allí, cotilleando. Te enderezaste y sonreíste con cara pícaro. Tuve que respirar hondo.

Lottie, que cortaba un pelo en el aire, alzó las cejas. De pronto me estremecí al caer en lo evidente: tal vez su pretendiente fueras tú.

—¿Es Lucas, Lottie?

Ella soltó una risita.

—¿Y qué, si lo es?

Eunice y María nos observaban ceñudas, ya sin disimulo alguno. La señora Johnson, la madre de María, se acercó a la mesa de las provisiones y su hija le indicó con un gesto que nos mirara.

—Tengo que saberlo —supliqué.

—¿Por qué? ¿Es que tienes algo con Lucas?

—Lottie, no me tengas en vilo —protesté, rezando por que mi debilidad no fuera tan evidente—. Dímelo, anda.

Una sombra se cernió sobre nosotras, y al mirar hacia arriba vimos los brazos de la señora Johnson cruzados sobre su pecho generoso.

—Jovencitas, ¿no creéis que es hora de que volváis a vuestros quehaceres?

Lottie se alejó a paso vivo sin decir nada. Yo troté de vuelta a la mesa, con la cabeza gacha.

—Así me gusta —aprobó la señora Johnson mientras me daba palmaditas en la espalda—. Los mozos pronto pedirán comida, y supongo que querrás lucir tu plato tanto como tu figura, ¿verdad, hija?

La miré a la cara, atónita, y ella se limitó a guiñarme un ojo. Su hija María, sin embargo, fue menos paciente conmigo.

—Corre al pozo a llenarlas —me indicó mientras me ofrecía dos jarras grandes de hojalata.

Agradeciendo para mis adentros la oportunidad de alejarme, emprendí camino al nuevo pozo que había excavado Clyde. Al llegar, dejé caer el balde hasta oír cómo chocaba contra el agua. Cuando estuve segura de que se había hundido lo suficiente, me apoyé con todas mis fuerzas en el manubrio de la polea para

sacarlo. Aquella polea era aún más terca que mis convecinos, y cada vuelta me costaba más que la anterior.

—Deja que te ayude —dijo alguien detrás de mí.

Eras tú.

Estuve a punto de echar a correr. Pero tenía que llenar aquellas jarras, y además, ¿qué pensarías de mí si huía? Dudé, sin atreverme a soltar el manubrio de madera. Y entonces me sonreíste.

—¿Por qué no lo hacemos juntos? —dijiste, y tus manos cubrieron las mías.

Hiciste que la polea se elevara sin esfuerzo aparente, mientras mis manos se movían al compás de las tuyas. Solo podía figurarme lo colorada que debía de haberme puesto. Tú ya eras casi un hombre; habías cambiado de la noche a la mañana.

Agarraste el cubo y llenaste de agua mis jarras. Luego echaste un buen chorro en el cuenco que había encajado en el borde del cubo y me lo ofreciste. Tu sonrisa era la misma que tenías de chico, aunque tu nueva cara era más ancha y angulosa. Yo estaba tan nerviosa que las jarras temblaban en mis brazos. Cogiste una y me acompañaste de vuelta a la mesa.

—Has crecido, Mariposa.

—Eso dice Madre —logré responder—. Ha tenido que hacerme un vestido nuevo porque el que tenía me quedaba ya muy justo.

Me quise morir de la vergüenza. ¿Cómo se me ocurría hablarle a un chico de un vestido que me quedaba justo? ¡Y a ti, precisamente! Balbuceé, devanándome los sesos en busca de algo que decir.

—Yo... Ella me... En realidad, yo he cosido más de la mitad.

Miraste de reojo mi nuevo vestido gris y luego tus ojos buscaron los míos.

—Pues se ve que tienes buena mano —dijiste.

Llegamos a la mesa y dejamos las jarras. Al verte, María Johnson retorció los lazos de su cofia entre el índice y el pulgar.

—El almuerzo se servirá dentro de una hora, señor Whiting —te dijo—, así que tendrá que esperar hasta entonces. Se conoce que tanto trabajo despierta el apetito, ¿verdad?

Tus ojos se demoraron un momento en los rizos oscuros que escapaban de su cofia almidonada. Luego te tocaste el sombrero para saludarnos a todas y te alejaste a grandes zancadas hacia el claro donde trabajaban los demás. María y Eunice te siguieron con la mirada. Yo dejé escapar el aire que había contenido y me apoyé en la áspera pared de la nueva casa de los Aldrus. Lottie buscó mi mirada y me sonrió, y yo suspiré aliviada.

Ahora estaba segura de que no eras tú quien la pretendía.

Esa fue la última conversación que mantuvimos tú y yo, y la última vez que vi sonreír a Lottie.

VIII

Las primeras hojas rojas aparecen en los arces. El aire de la mañana es ahora más fresco.

Me siento entre las ramas del sauce y observo cómo trabajan las ardillas. Una de ellas, agazapada en una rama fina justo encima de mí, me mira enseñando los dientes. Se diría que espera una respuesta.

Entre las hojas pálidas se filtra una luz dorada. En cada retazo de belleza te veo a ti.

Tienes la cara de tu madre. La fuerza es la de tu padre pero los rasgos son los de tu madre, aunque más atezados y masculinos.

La recuerdo bien. Era bonita; tanto, que las chicas tenían celos de ella. Era amistosa; tanto, que las mujeres mayores la reconvenían. Se encontraba sola; tanto, que se rindió a los encantos del forastero moreno que se alojó dos semanas en vuestra casa y lo siguió en su viaje al oeste.

Después de aquello, el reverendo Frye se pasó medio año recordando el séptimo mandamiento en todos sus sermones.

El reverendo Frye... Tampoco él podía despegar los ojos de ella, antes de que se fuera.

IX

La añoras. Perderla te echó años encima de repente. Las líneas que aparecieron en tu rostro no volvieron a borrarse.

Pero hubo otra persona que sufrió aún más su pérdida. Y fue él, no ella, quien se convirtió en tu mayor tragedia.

X

Nunca llegué a convencerme de que era tu padre. Sabía que lo era, cómo no, pero no llegaba a crérmelo. Nunca percibí los lazos de sangre que ataban tu carne con la suya. Solo sentía los lazos de tristeza que lo estrangulaban.

Tu padre murió la noche en que todo el pueblo lo dio por muerto, y de sus cenizas surgió mi captor. Dos hombres distintos, extraños el uno para el otro.

XI

El día siguiente a la recogida de troncos encontré algo encajado entre dos ramas de mi sauce. Era un ramo de amapolas atado con un tallo de trigo.

Volví corriendo a casa con las flores, rebosante de esperanza, imaginándote en mil y un sueños de chiquilla.

Sabía muy bien lo que aquellas flores significaban.

No eran las primeras amapolas que dejabas allí para mí.

Intenté decidir lo que haría la siguiente vez que te viera, lo que te diría, lo que no. Cómo te contaría sin decirlo lo mucho que me ilusionaba tu regalo.

Tuve que esperar dos años para volver a verte. Para entonces, ya no me quedaba nada de lo que hablar.

XII

Esta noche te toca hacer guardia, así que tu cama estará vacía y destemplada mientras tú vigilas el mar desde una cabaña encastrada en una colina, a millas de aquí. Verás nubes y tormentas,

pues el océano es un vecino agitado. Pero lo que saca a los campesinos de sus campos y sus lechos no es la furia de sus aguas, sino la amenaza de luces en la noche y mástiles durante el día. Los invasores no olvidarán nunca el recibimiento que dispensamos a su primera expedición, cuando sus barcos encontraron nuestro río y sus hombres contemplaron nuestras tierras con miradas codiciosas. Desde entonces, años atrás, nos preparamos para el día en que decidan desquitarse.

Dormiré intranquila sabiendo que tú estás tan lejos del pueblo, luchando por permanecer despierto.

Es el precio mudo de los que velamos.

Al menos tú tienes a Jip como compañía.

XIII

Esta tarde, cuando llegó a casa, Darrel dijo que no pensaba volver a la escuela.

—El nuevo maestro es aburrido —dijo—, y además ha empezado a enseñarnos latín. ¿Para qué sirve eso?

Según mi hermano, si el inglés es lo suficientemente bueno para la Biblia, también lo es para nosotros. Estuvo un rato filosofando de este modo y remachó el argumento partiendo su pizarra contra la repisa de la chimenea.

Ahora dice que es el hombre de la casa, inada menos! Darrel, el orador, sueña con convertirse en soldado. Ha sacado la pistola de Padre para afinar su puntería con los conejos. En realidad, los pobres animales no tienen nada que temer: es Darrel el que debería estar preocupado por su pellejo, si tuviera dos dedos de frente.

Padre no le hubiera consentido que dejara la escuela —isiendo el mejor alumno, además!—. Pero Padre ya no está con nosotros, y Madre necesita otro par de manos para la cosecha.

A Padre tampoco le hubiera gustado ver que nos ganamos la vida destilando licor.

XIV

Me arrodillo en el jardín para recoger las remolachas. Salen al primer tirón, gruesas y lustrosas, y llenan mi cesta en un abrir y cerrar de ojos. Las sacudo agarrándolas por el tallo y los terrones caen al suelo.

Padre estaba enamorado de esta tierra. Era lo que más quería en el mundo exceptuando a Madre, a la que amaba con fiereza. Fue él quien consiguió que nuestros campos medraran y fructificaran.

Mientras vivió, pocos campesinos había en Roswell Station más respetados por sus convecinos.

Me siento más cerca de él cuando tengo los brazos llenos de tierra húmeda y oscura. Y por eso me quedo para ayudar a mi madre, como él hubiera querido.

XV

No fuiste a la casa del señor Johnson para pedirle prestado el tiro de bueyes. Pretendías hablarle de algo más importante.

Oí cómo María hablaba con Eunice Robinson en la fuente del prado comunal. La gente olvida que aún tengo oídos. O tal vez no les importe.

María se estaba jactando, pero sus ojos no acompañaban a sus palabras.

Te casarás con ella la próxima luna llena.

XVI

¿Te enorgullece la idea de casarte con la muchacha más codiciada del pueblo? ¿Te satisface haber vencido a Leon Cartwright y a Jud Mathis?

¿Vas a hacerlo por amor? ¿Por dinero? ¿Por borrar la mancha que dejó tu padre al caer?

¿O por librarte de mí?

XVII

Me escapo corriendo a mi roca del bosque, allá donde Padre y yo íbamos a cantar. Contemplo cómo se pone el sol, cómo la rendija que es la luna se eleva y cae.

Madre me va a matar.

Vas a casarte.

La noche es tan fría como el río que, más allá, me llama con su canción.

Tras pasar dos años junto a él, volví como quien regresa de la tumba, alegre por la idea de despertar a un nuevo día en compañía de los vivos, sintiéndome afortunada. Pero ahora la noche y el frío, la oscuridad y la muerte me resultan más acogedores que la luz.

Solo pensar en ti disipa mi oscuridad. Eres el sol de mi mundo. ¿Podré soportar ver cómo te pones en los brazos de otra mujer?

XVIII

Entro en casa de buena mañana, y Madre me golpea tan fuerte que hasta Darrel se apiada de mí.

—¡Deberías saber mejor que nadie que esto no se hace! —me grita Madre—. Después de todas las noches en vela que pasé por tu culpa... ¡No tienes sentimientos!

XIX

Limpio el gallinero, recojo los huevos, ordeño la vaca, barro las cenizas y las llevo afuera. Recojo agua del arroyo y madera de la pila, y luego me aseo y empujo la carretilla hasta el pueblo.

Una vez termino mis tareas, voy corriendo hasta mi sauce.

Mis esperanzas eran infundadas. No merezco nada. No hay nadie a quien pueda contar mi historia, ni yo sería capaz de contarla aunque tuviera un oído amigo. Y en cualquier caso, aunque pudiera hablar, no encontraría las palabras. No hay palabra que pueda aliviar este peso insoportable.

Así que lloro apoyada en mi sauce. Me han quitado años de mi vida; me han arrebatado la dignidad, el lenguaje, la tranquilidad. Y ahora, el peor robo: tú.

XX

Las mujeres y las chicas casaderas parlotean como urracas, encantadas con la noticia: ¡pronto habrá una boda! Una novia preciosa, un novio tan alto... Son lo mejor de Roswell Station. Cuando se casen, el pueblo entero lo celebrará. Los parientes de María son capaces de robar la luz del sol para ribetear sus encajes.

Los corazones rotos —y habrá muchos, no me cabe duda— arderán ese día, sacrificados en el altar juvenil de la belleza y el amor. Triste consuelo, pensar que no estoy sola en mi desgracia.

XXI

El sol sigue amaneciendo, los gallos cantando y la vaca fabricando abono. Limpiar el establo era tarea de Darrel; ya no lo es. Pero nada mejor que el estiércol humeante para acompañar mi desengaño y mostrarme lo que valían mis fantasías.

Cuando subo al pueblo por algún recado te veo en la calle, rodeado de vecinos que te abruman con sus felicitaciones. Algunos hombres te persiguen contando chistes y bromas, y tu rostro sonriente se ruboriza.

A mi espalda, algunos murmuran acerca de la caída de tu padre en el pozo de la bebida. Susurran que a ti te ocurrirá lo mismo, pero no lo dicen en voz alta: en cuanto te acercas, sonríen, te palmean la espalda y dicen:

—Con la finca tan hermosa que tienes, Lucas. Ya verás qué buena esposa será esa muchacha. Y tú, que estás hecho un hombre, con los hombros tan anchos como...

Se interrumpen, balbucean. Recuerdan de pronto alguna tarea urgente.

Lo que saben de tu padre debería inspirarles pena. Compasión.

Solo hay una persona con razones para temerle.
Y esa persona no tiene dagas en la boca con las que herirte.

XXII

He olvidado muchas cosas.

Algunas veces los recuerdos vuelven en sueños y me hacen gritar. Otras me despierto sintiéndome prisionera de la oscuridad y olvido que ya no estoy con él.

En esas ocasiones, mi madre me tira del pelo con fuerza y me ordena que deje de chillar como un demonio.

XXIII

Hoy Madre me ordenó que llevara a la tienda del pueblo una cesta de huevos y una jarra de sidra. De camino al almacén de Abe Duddy vi que Leon Cartwright atravesaba la calle para abordar a María. Ella caminaba con paso apurado, como si tuviera algo urgente que hacer. Aunque yo solo estaba a diez pasos de ellos, no advirtieron mi presencia.

—Vas a casarte con él, ¿no es eso? —le dijo él sin ambages.

—Lo haré si se me antoja —respondió ella sin detenerse. Caminaba tan rápido que Leon tuvo que trotar para seguir su paso.

—No le quieres —dijo.

Ella se detuvo.

—Le querré si se me antoja.

—Bah.

María emprendió la marcha de nuevo y él la agarró del brazo.

—Solo le quieres por sus tierras, María —le espetó—. Tu corazón nunca será de él.

Y entonces es cuando agarré uno de los huevos de mi cesta y se lo tiré a Leon con todas mis fuerzas. La cáscara se estrelló contra su cabeza y la yema empapó sus rizos.

Él se dio la vuelta con un grito; pero al ver que había sido yo, su voz se cortó en seco. Hace unos años no se habría callado.

Le sostuve la mirada, furiosa. Él retiró los trozos de cáscara de su pelo y masculló una maldición, pero no hizo nada más.

María me observaba. Esos ojos negros que te hacen perder la cabeza me recorrieron de arriba abajo como si me vieran por primera vez. Esbozó un asomo de sonrisa y asintió de manera casi imperceptible. Luego se dio la vuelta y siguió su camino, dejando que Leon se fuera a su casa con la cabeza gacha.

XXIV

Más tarde me di cuenta de lo fácil que habría sido errar el blanco y estrellar el huevo en la cabeza de ella.

Y me pregunté si no habría sido mejor hacer eso.

XXV

Tobias Salt, el chico pecoso del molinero, vuelve tambaleante a casa tras una larga noche montando guardia. Tiene los ojos hinchados y el paso lento.

—¿Has visto algo, Toby? —le pregunta Abe Duddy desde el umbral de su tienda.

—Nada, como siempre —responde Tobias frotándose los ojos.

—Eso es lo que yo llamo un buen turno de guardia —sentencia el viejo tendero.

XXVI

Qué ocupado estás ahora: a los trabajos de la granja se suman los de la boda, y también la nueva habitación que estás añadiendo a la casa para complacer a tu novia. Troncos que cortar y desbistar, leña que recoger; maíz que segar, patatas que cosechar. Y sin nadie que te ayude: te quedaste sin padres, sin familia, y tus amigos tienen las manos llenas con el trabajo de sus propias granjas.

Piedras que acarrear, hortalizas que recoger y conservar...

Trabajas como un mulo, y aun así silbas. Pronto tendrás una mujer que te ayude, que atienda vuestro nido, que arranque las

malas hierbas, que te remiende los pantalones y rellene vuestro colchón, que te sirva algo caliente cuando vuelves del campo cada tarde.

¿Lo hará? ¿Hilarán tu lana sus manos suaves, atará tu trigo en gavillas, retirará los gorgojos de tus patatas? ¿Se volverá de bronce su cara de porcelana mientras trabaja a tu lado en los campos?

XXVII

Nadie me llama ya por mi nombre. Nadie me llama nada salvo Darrel, que me llama Lombriz. Madre nunca ha puesto empeño en disuadirle. Cuando ella me llama, siempre es: «Tú, retira estas vainas» o «Tú, carda este saco» o «Tú, engrasa esto» o «Tú, vigila la olla del sebo».

«Tú: cállate».

El calor que recuerdo en sus ojos se ha desvanecido, y en su lugar solo hay acero. Padre murió hace mucho ya, y la hija que Madre recuerda también ha muerto. Ha enterrado el nombre junto con el recuerdo.

Nadie me llama por mi nombre.

Los niños chicos ni siquiera lo saben.

Yo me lo recuerdo a mí misma todos los días al amanecer, porque tengo miedo de olvidarlo.

Me llamo Judith.

XXVIII

Colgué en las vigas del granero las flores que me dejaste. Quería secarlas, que nunca se estropearan para poderlas mirar cuando quisiera.

Para cuando acabaron de secarse, yo ya no estaba. Al llegar a mi casa tras mis años de ausencia, vi que seguían colgadas allí: un ramillete de tallos pardos y marchitos que nadie se había molestado en retirar porque no lo veían siquiera.

Siguen ahí, tan cubiertas de telarañas que solo yo puedo reconocerlas como el ramillete de un enamorado.

Las descuelgo, las saco y las tiro al cielo otoñal como una novia que lanzara su ramo.

XXIX

Estaba junto al bosque recogiendo peras cuando me encontré con el maestro. Es nuevo: solo hace dos semanas que llegó a Roswell Station procedente de Newkirk. Debía de estar disfrutando del atardecer, porque apareció caminando lentamente por un recodo del camino. Yo me escondí detrás de mi árbol, pero él ya me había visto y se quitó el sombrero para saludarme. Nada más verle decidí apodararlo Piernaslargas, porque es flaco como una azada. Su cara es blanca como el requesón, y su pelo negro y rebelde le cae en la cara. De modo que aquel era el maestro del que se había librado Darrel. Me pregunté cuál de los dos habría tenido más suerte.

El maestro me escrutó como si yo fuera un párrafo en latín que tuviera que traducir.

—Buenas tardes —dijo.

Me había hablado. A mí.

Dejé caer las peras y eché a correr.

Él me siguió.

—¡Pare, se lo ruego! ¡Discúlpeme, señorita!

Era rápido para ser tan flaco, y pronto me agarró de la muñeca. Su contacto me dejó paralizada, como el presagio de un desastre. Sentí que me encogía, que me replegaba para poder arrancar más rápido en mi huida. Y pese a todo, aquella mano que me tocaba estaba viva. Deseé que estuvieras tú en su lugar, que hubieras salido de paseo para disfrutar del cálido atardecer y quisieras cortejarme.

—Le presento mis más humildes disculpas —jadeó, mirándome desde arriba.

Su voz me revolvió el estómago. Traté de desasirme, pero él no me soltó la muñeca. Su alta frente estaba perlada de sudor.

—Me llamo Rupert Gillis —dijo.

Me liberé de un tirón y hui.

Podría haber contestado a mi modo y haber puesto así fin a sus deseos de conversar conmigo.

Pero no hacía falta: la gente del pueblo no tardaría en abrirle los ojos.

XXX

La fortuna no ha sido especialmente clemente con Roswell Station.

Las enfermedades nos visitan con frecuencia. Los niños enferman por la humedad que trae el mar. Los inviernos son crueles e interminables. En ocasiones, las heladas destruyen todas nuestras cosechas en unos días.

Hace años libramos una batalla contra los invasores que ansiaban arrebatarnos nuestras tierras. En aquel entonces, tu padre era nuestro héroe.

Un verano de sequía, el fuego devoró una tercera parte de las casas del pueblo.

Más tarde estalló el arsenal en el que el pueblo guardaba casi todas las armas con las que defenderse de futuras invasiones.

El escándalo se cebó con tu familia.

Y un verano, dos muchachas desaparecieron con solo unos días de diferencia.

XXXI

Siempre decía lo mismo, mientras hincaba el cuchillo en la pared de madera de la cabaña: la traición de una mujer le había empujado a hacerlo.

No decía más. No hacía falta: yo conocía el resto.

Su mujer se había fugado con un amante a Pinkerton, o tal vez a Williamsborough. Puede que ahora vivieran allá, en el oeste, en una cabaña para los dos, felices y enamorados o amargados y arrepentidos. Quién sabe.

Lo cierto es que se fueron. Y él —aquel hombretón, coronel de la milicia, granjero próspero y diácono en la iglesia del pueblo— ya no pudo saciar su sed. No le satisfacía la viuda Michaelson, no, aunque fuera buena moza, tuviera mano con el pan y careciera de hijos.

Lástima.

Porque pasó años reconcomiéndose.

Hasta que encontró una doncella.

XXXII

Para los vecinos del pueblo, la ligereza de tu madre empujó a tu padre a la bebida. Hasta que al fin, como una fiera herida, prendió fuego a su casa y dejó que las llamas lo consumieran.

Para los vecinos del pueblo, tu padre es una historia pasada y triste. No una amenaza.

No un ermitaño que vive a varias millas al norte, al otro lado del río.

No la razón por la que el cuerpo desnudo de Lottie Pratt apareció flotando en el río.

No la razón por la que Judith Finch apareció en su casa tras dos años de ausencia, cuando todos la creían muerta, trastornada y con media lengua cortada.

XXXIII

Al viudo Abijah Pratt, el padre de Lottie, le faltan todos los dientes y la mitad de la cordura. Para su familia, la travesía desde la tierra madre fue tan dura que al llegar solo quedaban Lottie y él. Ella era una muchacha dócil que le obedecía en todo. Ahora, como dice el reverendo Frye, Abijah está marchito de la raíz a la copa.

Cuando me cruzo con él por la calle o en los oficios dominicales, nunca me mira a los ojos.

Yo volví, y Abijah Pratt me desprecia por haber sobrevivido.

XXXIV

La última vez que vieron vivo al coronel fue la noche en que su granja ardió como nunca se había visto arder una casa, con un estallido rugiente que calcinó las paredes antes de que nadie pudiera llegar hasta allí. Con todo lo suyo convertido en cenizas, tu padre huyó adonde nadie lo encontrara jamás.

Tú no estabas allí esa noche. Era primavera, en plena temporada de pesca, y habías salido con tu cachorro a buscar lombrices.

El pueblo entero salió corriendo en camisón para ver qué causaba aquel estruendo. Era como si el diablo hubiera desgarrado la tierra para que los pecadores pudieran saltar al infierno junto a él.

Tú apareciste corriendo con tu cubo, y lo dejaste caer al ver el lugar donde había estado tu casa. La luz de los faroles que habían sacado los vecinos se reflejó en tus lombrices, que se retorcían frenéticas por escapar.

XXXV

Mis padres te trajeron a casa aquella noche y te cedieron la cama de Darrel.

Estabas desvelado. Todos lo estábamos.

Padre se quedó hasta tarde alimentando el fuego de la chimenea. Tú te hundiste en una silla frente al hogar, con la mano curtida de mi padre en tu hombro y Jip acurrucado alrededor de tus pies.

Acabaste por quedarte en nuestra casa una estación entera, mientras Padre organizaba una cuadrilla para ayudarte a construir una cabaña menuda donde se había levantado tu casa. Te ayudó a arar y a plantar el trigo de primavera. Convenció a los regidores de que pusieran una lápida con el nombre de tu padre en el cementerio. Sé que llegaste a querer a mi padre por todo lo que hizo por ti.

Y aun así, aquel verano te encontré más de una vez sentado junto al arroyo, con los pies metidos en el agua, contemplando la

corriente con la mirada perdida. Yo me sentaba junto a ti y contemplaba el arroyo contigo.

Yo era una chiquilla de doce años; tú, un muchacho flaco y desmedrado de dieciséis.

XXXVI

Tras dos años de ausencia, regresé a mi casa un crepúsculo de verano, con un cielo azul aterciopelado que parecía acariciar la cerca de troncos, los campos, las colinas de más allá. Un paisaje que no creí que volviera a ver.

Darrel, que aún era un niño poco más alto de lo que yo recordaba, me vio el primero y empezó a chillar. Madre salió corriendo por la puerta, enjugándose las manos en el delantal, y al verme se recogió las faldas y echó a correr gritando mi nombre.

Se abalanzó sobre mí, me abrazó y empezó a acariciarme por todas partes.

Luego se detuvo y me agarró la cabeza con las dos manos.

Su boca se retorció en un sollozo reprimido.

—Ángeles del cielo, has vuelto. Has vuelto.

Recorrí su cara con la mirada como si quisiera bebérmela y aspiré su olor a verano húmedo.

—¿Dónde has estado, criatura?

Pese a todos mis propósitos, mis labios se entreabrieron. Lo volví a cerrar de golpe.

—Háblame, hija.

—*Bo puebo...*

Sus ojos bañados en lágrimas se helaron. Me aferró la cara, me echó para atrás la cabeza y me abrió la boca con sus fuertes pulgares, a pesar de mi resistencia.

Luego me soltó con un grito. Me tambaleé por un momento y luego recobré el equilibrio.

Mi madre me miraba tapándose la boca con las manos. Sus ojos parecían tan redondos como la luna del solsticio.

XXXVII

Yo no creo en los milagros. Él me dijo que la Santísima Virgen se le había aparecido para ordenarle que no me hiciera lo que estaba tentado de hacerme y que tampoco me quitara la vida.

Madre le hubiera mirado con desprecio ante un comentario tan papista.

Y entonces fue cuando me cortó la lengua.

XXXVIII

Una tarde, al final del verano que pasaste con nosotros, me senté junto al arroyo y fui arrancando los pétalos de una flor para tirarlos al agua de uno en uno.

Al acabar, tiré el tallo y miré a mi alrededor en busca de algo que no fuera hierba. Y entonces apareciste tú con un manojito de margaritas.

—Vi que no te quedaban muchos pétalos... —dijiste.

Yo me eché a reír y hundí la nariz en las flores.

—¿Quieres sentarte conmigo? —pregunté—. Has traído flores suficientes para los dos.

Entonces me sonreíste. La luz verdosa que se colaba entre las ramas de mi sauce te acariciaba la cara.

Me di cuenta de que era la primera vez que te veía sonreír desde que tu casa se había quemado y te habías quedado solo en el mundo.

Debí de quedarme pasmada mirando la luz en tu cara, porque te pusiste colorado. Te sentaste a mi lado, cogiste una margarita, le arrancaste un pétalo y lo tiraste al agua.

Cuando no nos quedó ninguna flor, nos quedamos contemplando el arroyo. Al cabo de un rato me agarraste de la mano. Hubiera debido sobresaltarme cuando lo hiciste; pero en vez de eso me invadió una sensación de paz, allí junto a ti, con las ramas del sauce rozándonos como plumas y la corriente incesante de camino al mar.

XXXIX

Hoy recojo uvas silvestres al este del pueblo. La hoja del cuchillo resbala por los tallos leñosos, y en cierto momento estoy a punto de rebanarme un dedo. Madre quiere que le lleve dos cubos para hacer vino.

Tú aún no perteneces a María, así que voy a dejar algunas en tu porche, metidas en un cubo. O mejor: me atreveré a llevarlas a tu cocina y las dejaré en una de tus cazuelas. Un regalo de despedida mientras aún puedo hacértelos, un misterio para que tu mente vuele.

¿Y qué, si es un poco escandaloso? Yo soy escandalosa. Mi historia lo es. He salido de los límites para siempre; ya no soy decente. Te dejaré unos racimos de uvas en tu propia casa.

Un ruido de cascos al galope corta en seco mis divagaciones. Me agazapo tras los arbustos y atisbo el camino: Clyde Aldrus se acerca a lomos del caballo que siempre está en el puesto de vigía. Va casi tumbado sobre la silla, espoleando al caballo, con los rasgos contraídos en una mueca de miedo.

XL

La campana de la iglesia toca a rebato: es un aviso para que todos los vecinos dejen lo que tengan entre manos y acudan al instante. Llego al pueblo sin aliento, con el costado dolorido por los golpes del cubo.

Los vecinos se apiñan alrededor de la picota que hay en el prado comunal.

Este es el lugar donde se castiga a los pecadores del pueblo, pero lo de hoy es distinto: Clyde Aldrus está de pie en el estrado, repitiendo una y otra vez su advertencia.

Ha divisado tres barcos en el horizonte, a unas veinte millas al este.

—Y no parece que quieran vendernos calicó —remacha Clyde, mirando de reojo al capitán Rush.